Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

110 **¿Quién mató a Rucci? (Conclusión)**



Suplemento especial de
Página|12

RUCCI Y TOSCO: SINDICALISMO DE ESTADO VS. SINDICALISMO REVOLUCIONARIO

Canal 11, programa *Las dos campanas*, debate Rucci-Tosco. La fecha: 13 de febrero de 1973. Aquí estamos. Se tratará de la discusión entre un sindicalista peronista y otro de izquierda. La diferencia es decisiva, grande. Rucci, bien formado dogmáticamente, instrumenta varios de los conceptos que hemos visto en el folleto de la *Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, Principios del sindicalismo peronista, 1951*. Ahí –ampliamos un poco– está casi todo. Máxime la relación de los sindicatos con el Estado. "Los sindicatos (es la palabra de Perón que recoge el folleto sin duda preparado por Apold y su equipo de propaganda) son totalmente libres en sus decisiones y en las de sus hombres. El gobierno solamente les presta ayuda y, cuando es necesario, aconseja, porque desea que los sindicatos marchen paralelamente a la Nación." Marchar paralelamente a la nación dentro de un Estado concebido como Estado-nación es marchar paralelamente al Estado. Más aún si este Estado "presta ayuda" y sobre todo "aconseja". ¿Qué sindicalismo va a desobedecer el "consejo" de un líder de masas que se encuentra al frente del Estado? Y que, además, "ayuda". El tema se desarrolla más detalladamente en la sección dedicada a *El sindicalismo y el Estado*. "¿Qué hicieron los gobiernos oligárquicos? Cuando los obreros querían organizarse, ellos les metían la policía y no los dejaban actuar. El capitalismo quería tener sindicatos débiles y divididos en muchas partes, sin centrales obreras, porque el movimiento obrero dividido va perdiendo totalmente su fuerza (...). El capitalismo ha aceptado al sindicalismo como un mal inevitable y lo ha combatido permanentemente para que no se organice... Las cosas no fueron mejores en el mundo comunista: "En el orden comunista, es una organización estatal sin libertad y sin decisión". ¿Y en el orden justicialista? ¿Tienen, aquí, libertad y decisión los sindicatos? "El régimen justicialista no ha hecho más que ayudar al sindicalismo a que se organice y después ponerlo paralelamente al Estado." Hasta aquí la frase no es muy alentadora. Tosco se reiría de ella. Diría: "El Estado y el régimen justicialista son lo mismo. Si el sindicalismo que se organiza bajo la ayuda de ese Estado se coloca paralelamente a él forma parte, sencillamente, de la estructura estatal. Así, los sindicatos carecen de libertad. Hay un sindicalismo de Estado que ya fue creación original del fascismo mussoliniano". Perón pareciera responder: "El sindicalismo ayuda al Estado y éste al sindicalismo. Ambos son elementos básicos de todo el sistema justicialista. Los sindicatos deben luchar por la organización. Si no están organizados no tienen ninguna fuerza". Tampoco esto convencería a Tosco: los sindicatos deben ser totalmente autónomos del Estado. No forman parte de un mismo sistema. Si así fuera, no habría libertad sindical. Esa libertad existe, ante todo, cuando el sindicalismo es autónomo, cuando no depende del Estado. Cuando puede enfrentársele si así lo reclaman los intereses de la clase obrera. Y todavía más: el sindicalismo no puede *formar parte* del sistema capitalista de producción. Esto sería condenarse a la mera negociación de salarios y condiciones laborales. El sindicalismo revolucionario (que es el que Tosco propiciaba) ve al sindicalismo como una fuerza revolucionaria para derrotar al régimen que explota a los obreros y dentro del cual nada se puede conseguir. Con la negociación se llega hasta cierto punto. Pero ninguna negociación eliminará lo que el socialismo revolucionario quiere eliminar: la explotación del proletariado. Esto se logra con la acción revolucionaria que debe llevar a la toma del poder y al reemplazo del sistema capitalista de producción. O sea, las diferencias entre Rucci y Tosco eran inconciliables. Eran las diferencias entre un sindicalismo de Estado y un sindicalismo revolucionario. El sindicalismo de Estado se resuelve dentro del sistema capitalista, beneficiando –sin duda– a los trabajadores más que un Estado liberal oligárquico. Pero el sindicalismo revolucionario se resuelve fuera del sistema capitalista. Requiere su eliminación y su reemplazo por un sistema socialista en que los obreros detenten el poder. De esto, el siglo XX no ofreció ningún ejemplo. Tal vez porque los socialismos surgieron en condiciones adversas para llevar a cabo las profecías de Marx.

Rusia no tenía un proletariado revolucionario. Tuvo que reemplazarlo el Partido Revolucionario de Vanguardia. Que genera la elite revolucionaria. Que genera la vanguardia. Que hace de la ideología un dogma. Que concluye, por fin, en la figura de un líder y en el culto a la personalidad. En China, algo muy parecido. Cuba fue una revolución guerrillera basada en el apoyo del campesinado en un país sin industrias. Marx había pensado su revolución para Gran Bretaña. Pero aquí se da un fenómeno que Lenín tomó muy en cuenta para rechazar un desarrollo capitalista en Rusia y, por tanto, reemplazarlo por la ideología de vanguardia y su penetración en las masas por medio del partido. Los obreros británicos devinieron socios menores de la burguesía capitalista. Las *trade-unions* terminaron integrando el proletariado a la burguesía. "¿Usted me pregunta qué piensa el proletariado británico?", le escribe Engels a un amigo. "Pues lo mismo que la burguesía." Sin embargo, esto favorecía el *tercermundismo* de los revolucionarios de los setenta. Los países centrales podían integrar a su proletariado como socio menor de la explotación colonial y controlarlo. Pero los países coloniales no tenían colonias que explotar. Ergo, sólo podían desarrollar una política de liberación nacional. La burguesía neocolonial no tenía cómo integrarlos. Además, una vez realizada la revolución de los países coloniales, las metrópolis dejarían de recibir su *plusvalía externa*, esa que recibían de las colonias y les permitía comprar, sosegándolo, amansándolo, en suma: *aburguesándolo*, a su proletariado. Al no poder hacerlo, el proletariado de las naciones ricas se alzaría también contra la burguesía capitalista. El eslabón más débil del sistema de producción del capital estaba en el Tercer Mundo. En el mundo neocolonial. Destruido ese eslabón, la revolución habría de expandirse mundialmente. ¿Cómo integrar al sistema a un proletariado bien comido si ya no se cuenta con las ganancias fabulosas del botín neocolonial? Ahí estaba el centro de la debacle capitalista.

EXCURSO: MARX, IRLANDA Y EL TERCER MUNDO

Marx –que no se había lucido en sus análisis del sistema colonial– vio perfectamente la cuestión cuando se aplicó al estudio del problema irlandés. ¿Por qué vio el problema en Irlanda y no en las otras colonias? ¿Porque Irlanda era una *colonia blanca*? No voy a dar una respuesta aquí. Mi obra sobre Marx y la cuestión colonial aún está por escribirse. Lo cierto, sin embargo, es que el estudioso del British Museum escribió frases definitivas sobre la importancia de la liberación de las colonias para la liberación del proletariado de los países metropolitanos. Lamentaría estar ofreciendo recién a esta altura de esta obra un elemento que fue para los teóricos coetáneos de la juventud peronista (los que vivieron esos años en sincronía con ella, no los Hernández Arregui o los Jauretche o los Puiggrós, que venían de antes y eran algo así como *bronces*) altamente importante. Me recuerdo en muchas clases y en muchas charlas diciendo: "El Tercer Mundo es el hecho maldito del sistema de producción capitalista". "Para que haya una revolución en los países centrales éstos, antes, tienen que perder el control de su estructura colonial." "Es la plusvalía externa del botín colonial lo que les permite a las metrópolis controlar a sus masas proletarias." Estas frases provenían de los excepcionales análisis de Marx sobre la cuestión irlandesa. Que también desarrolló Engels: "Ya es posible observar que la denominada libertad de los ciudadanos ingleses se basa en la opresión de las colonias" (a Marx, Manchester, 23 de mayo de 1856). Sigamos con Marx: "Estoy cada vez más convencido –y la única cuestión es llevar esta convicción a la clase obrera inglesa– de que ésta no podrá hacer nada decisivo en Inglaterra (...) mientras no haga causa común con los irlandeses (...) el movimiento social interno de Inglaterra permanece lisiado debido a sus relaciones actuales con Irlanda" (Marx a Kugelman, Londres, 29 de noviembre de 1869). Otra vez Marx: "Después de ocuparme durante muchos años del problema irlandés, he llegado a la conclusión de que el golpe decisivo contra las clases dominantes inglesas (y será decisivo para el movimiento entero de todo el mundo) *no puede* ejecutarse en Inglaterra sino solamente en Irlanda (...). Irlanda es, pues, el gran medio por el cual la aristocracia inglesa mantiene *su dominación en la propia Inglaterra* (...). Inglaterra, metrópolis del capital, potencia que ha dominado hasta ahora el mercado mundial, es por el momento, para la revolución obrera, el más importante de los países (...) Por ello, acelerar la revolución social en Inglaterra es el objetivo más importante de la Asociación Internacional de Trabajadores. *El único medio de acelerarla es independizar a Irlanda* (...), es despertar en los obreros ingleses la conciencia de que *para ellos la emancipación nacional de Irlanda* no es asunto de justicia abstracta o de sentimiento humanitario, *sino la condición primera de su propia emancipación social*" (Marx a Meyer y a Vogt, Londres, 9 de abril de 1870. Todas las cursivas son de Marx menos las de la frase: "El único medio de acelerarla es independizar a Irlanda", que me corresponde). El valor teórico de esta carta es deslumbrante. ¡Qué raro que Cooke o Walsh (hasta donde yo sé) no utilizaran estos textos del Cabezón Barbado sobre Irlanda! La liberación de Irlanda, según todos sabemos, no se produjo. Inglaterra siguió creciendo como potencia colonial y se permitió integrar a su clase obrera sin mayores disgustos. Si el último texto de Marx que citamos (esperanzado) era del 9 de abril de 1870, ya no se nota esa esperanza (por el contrario, sólo sombras se ven) en el que Engels le escribe a Kautsky –que hasta ahora sólo hemos citado a medias y de memoria– en septiembre de 1882 (poco tiempo antes de la muerte de su amado y admirado Karl, el 14 de marzo de 1883): "Usted me pregunta qué piensan los obreros ingleses sobre la política colonial. Pues exactamente lo mismo que piensan acerca de la política en general: lo que piensa el burgués. Aquí no hay partido obrero; sólo hay conservadores y radicales liberales, y los obreros participan alegremente en el festín del monopolio inglés sobre el mercado mundial y el colonial" (Engels a Kautsky, 12 de septiembre de 1882). ¿Por qué Marx aplaudió la colonización británica en la India y en China y en todas partes? Por la dialéctica que había heredado de Hegel. Si Inglaterra se posesionaba del mundo, al hacerlo lo hacía el capitalismo más avanzado de la tierra. De él surgiría el proletariado redentor que haría la revolución socialista. Ese esquema extravió a toda (o casi toda) la historiografía marxista argentina. Además de tratarse de una colonia blanca (debemos considerar menor este aspecto), Marx distinguió a Irlanda de la India o de China porque ahí Inglaterra ya había cumplido su tarea civilizadora. Llevar el progreso. Es decir, la tarea titánica que desempeñaba en la historia le *bourgeois conquérant*: implantar el capitalismo y, con él, el surgimiento del proletariado y la posibilidad dialéctica de la revolución socialista. Nada ocurrió así. De todos modos, para quienes quieran avanzar en esta cuestión están los conocidos, en general, artículos que Marx empieza a publicar sobre China (el 14 de junio de 1853) y sobre India (el 25 de junio del mismo año) en el *New York Daily Tribune*. En ese año estaban, él y Engels, tan interesados sobre las cuestiones de Oriente (sobre su historia y las etapas de su desarrollo económico y la influencia que Inglaterra había tenido en ellos) que el segundo (que será siempre el segundo porque Marx será siempre el primero, sobre todo para el buenazo de Friedrich, que habrá de reconocerlo con generosidad y admiración infinitas, que se expresaron no sólo en el plano intelectual sino también en el económico) se pondrá a estudiar apasionadamente... persa, según le confiesa a su amigo en una carta del 6 de junio de 1853, fechada en Manchester. Además de los artículos del *New York Daily Tribune* tenemos las cartas sobre la comuna rural rusa: la célebre carta a Vera Zassoulitch, de febrero de 1881, en que los marxistas dogmáticos y stalinianos (que todavía existen) creen encontrar la redención de todos los pecados pro-colonialistas de Marx. Pero, sobre todo, el gran texto del hombre de Tréveris, el más sólido, el que constituye un verdadero estudio sobre el tema, está en los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (*Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*), que son unos gigantescos manuscritos de notas que tomó para la redacción de *El Capital* y que, para algunos investigadores, tienen más valor que el libro para cuya escritura estaban destinados. Hay edición castellana. Yo tengo una venerable. Tanto, que la escondí durante la dictadura pero no me desprendí de ella. Jamás lo habría hecho. Se trata de una obra descomedidamente genial. El pasaje que hay que leer para el tema que nos ocupa (la cuestión colonial o –como algunos solían llamarla durante los '60 y los '70– la cuestión del Tercer Mundo en Marx) se llama: *Formas que preceden a la producción capitalista. (Acerca del proceso que precede a la formación de la relación de capital o a la acumulación originaria.)* El trabajo se extiende entre las páginas 433 y 479 del tomo I de la edición de Siglo XXI, Buenos Aires, septiembre de 1971, a cargo de José Arico, Miguel Murmis y Pedro Scaron. Hay una más que meritoria edición de Editorial Platina de 1966, tomada de una edición inglesa dedicada a esta sección bajo el título de *Precapitalist economic formations (Formaciones económicas precapitalistas)*. Que cuenta, además y no es poco, con un formidable y extenso Prólogo de Eric Hobsbawm. ¿Por qué los jóvenes teóricos de esa generación estudiábamos las *Formaciones económicas precapitalistas*? Para comprender más a fondo las economías del federalismo. Acaso pensáramos que Juan Facundo Quiroga o Felipe Varela o los hombres de la Confederación urquicista (Alberdi, Olegario Andrade, Guido Spano, José Hernández, Ovidio Lagos, Nicasio Oroño entre otros) habrían merecido una carta de Karl Marx, como la tuvo Vera Zassoulitch. (Ver: *La Confederación, un proyecto nacional olvidado* de Fermín Chávez, que editó la mítica revista *Crisis*. Se trata de un hermoso trabajo.) Como no la tuvieron, yo imaginé un encuentro ficcional entre Marx y Felipe Varela en un largo pasaje de mi novela *La astucia de la razón*. Por otra parte, esta temática siempre tendrá vigencia. O llegamos al fondo de todo, o tratamos de entender la totalidad o terminaremos con un gran relato, lleno de sucesos pero carente de alguna posible comprensión. Aceptemos la presencia de lo opaco, de lo inasequible en la historia. Pero donde podamos apropiarnos de un concepto ahí tendremos que estar. Juan José Sebreli, que tiene un odio patológico por la generación del '70 (ya era bastante jovato y denodadamente gorila cuando el fenómeno surgió, de aquí su resentimiento, compartido por los que no pudieron vivirla por venir después, los chicos rebeldes de los '80, de los que ya hablaremos) escribe: "La autodenominación de Montoneros define la actitud reaccionaria, proclive a las utopías retrospectivas, al anticapitalismo romántico: las montoneras habían sido un desordenado movimiento de masas campesinas del siglo XIX que, conducidas por poderosos terratenientes, defendían formas rudimentarias de producción rural destinadas a desaparecer ante el avance del capitalismo" (*Crítica de las ideas políticas argentinas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, p. 389. ¡Una expresión impecable del marxismo más lineal y dogmático que uno pueda imaginar! Pobre Marx: qué discípulos tan poco creativos tuvo en la Argentina. Y hasta creo que los sigue teniendo.) Así piensa Sebreli. O así no piensa: pelea, ataca sin cesar con un estilo intelectual tosco, casi guarango. Quiero mostrar solamente –acudiendo a un libro que no vale nada y a un autor que escribe para una clase media que lo lee y lo repite, por desgracia– que era importante mostrar la trama histórica del federalismo. Hablar del *avance del capitalismo* da risa a esta altura de la historia. El capitalismo nunca avanzó: conquistó, devastó, destruyó, sometió. Las masas federales –de no haber sido aniquiladas por los ejércitos mitristas después de Pavón con la complicidad de Urquiza– habrían entregado a nuestra historia ese *sentido lateral* cuya ausencia tantos grandes filósofos lamentan en los territorios

que el tecnocapitalismo colonialista devastó (el segundo Heidegger, la Escuela de Frankfurt, Sartre). Volveré en algún otro texto sobre estos temas, que, de algún modo, he tratado en diversos escritos. Pido disculpas si me alejé de Rucci, Tosco y la *Operación Traviata*, pero siempre que me alejo, vuelvo. Y, a veces, cuando me alejo entro en terrenos que a algunos pueden no interesar, pero a otros suelen meterlos en aventuras intelectuales sorprendentes. Y una aventura intelectual suele terminar en una praxis, en una acción sobre el mundo. Si no, ha sido vana. Para finalizar: Marx nunca se sacó de encima su pasión dialéctica por la burguesía como clase revolucionaria, cuyo canto llevó a cabo en el *Manifiesto*. Así, donde el burgués conquistador penetraba, él estaba con esa potencia histórica de la que nacería (necesariamente) el proletariado redentor. Pensemos algo muy sencillo, que está a la mano pero poco se dice: si, al final del *Manifiesto*, Marx anuncia que el proletariado liquidará la burguesía por medio de la violencia. Si, en el capítulo XXIV de *El Capital*, dice que la violencia es la partera de la historia, resulta evidente que requería del triunfo planetario del sistema capitalista de producción para que se produjera ese gran parto: el proletariado, por medio de la violencia como partera, era parido por la burguesía. Bien, ¿quién no ama a su madre, aun cuando crea odiarla? Si Marx exalta tanto a la burguesía es porque se trata de la madre del proletariado. De aquí su necesariedad absoluta en la Historia. Parirá al redentor. A la clase señalada para redimir la historia humana. Ese hijo –el proletariado– juega un papel de contención, de sujeción racional ante su madre desbocada, ya que impide que, en su locura revolucionaria incontenible, en su epifanía demente de Mago que ya no puede contener sus conjuros, destruya el mundo. Cito: "Toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros". Marx piensa, sin duda, en Goethe, en su balada *Der Zauberlehrling*, a la que en 1897 puso música el poco fecundo pero muy talentoso compositor francés Paul Dukas: *L'Apprenti sorcier*. Es decir, *El Aprendiz de Hechicero*. ¿No es fantástico? El autor del *Fausto* entrega un texto en el que también andan más que merodeando las fuerzas infernales, un músico francés lo transforma en una partitura excepcional, maravillosamente orquestada, y el epítome cultural del capitalismo, el congelado Walt Disney, lo inmortaliza en un cartoon que todos hemos visto, un cartoon tan genial como la genialidad de Goethe y la partitura de Dukas, un cartoon que forma parte de una ambiciosa película de 1940, *Fantasía*, protagonizado por Mickey Mouse y con Leopoldo Stokowsky dirigiendo la partitura de Dukas y hasta charlando con Mickey. ¿Sospecharía Disney que estaba narrando el desborde demoníaco de la burguesía profetizado por Marx? No sería razonable creerlo. Sin embargo, en el final, el Viejo Mago ordena la catástrofe del hechicero imprudente. Disney diría que el Viejo Mago es la misma burguesía, que siempre sabe contenerse a tiempo. Marx no diría eso: el Viejo Mago (en verdad, lo dice en el *Manifiesto*) es el proletariado que, al liquidar a la burguesía, liquida sus desbordes. Los dos se equivocaron. El hijo (el proletariado) no pudo matar a su madre (la burguesía). Sucedió lo contrario: la madre está matando a su hijo. El proletariado (tal como Marx lo pensó) ha dejado de ser una potencia histórica. Un informe de la FAO (fuente por completo confiable) de septiembre de 2009 dice: "El número de personas que sufren de hambre en el mundo ha ya superado los *mil millones* (...). Claramente se pueden producir alimentos suficientes *como para eliminar el hambre del mundo*. Sin embargo, la distribución de este suministro es *desigual*. Mientras los países ricos mantienen grandes reservas, muchos países en desarrollo no tienen cantidades de alimentos para garantizar a su población un nivel de consumo necesario que les permita gozar una vida saludable" (FAO, *Perspectivas económicas y políticas*, N 6, sept. 2009. Se puede acceder a este texto por medio del sitio web: http://www.fao.org/economic/es-policybriefs. Las cursivas me pertenecen.) En diciembre de 2009 fracasó por completo la Cumbre de la ONU. El capitalismo seguirá contaminando y recalentando el planeta. No existe el Viejo Mago capaz de dominar las potencias infernales. Sólo existen esas potencias y a ellas nada les importa: ni que los seres humanos mueran de hambre ni que el planeta dure, a lo sumo, 70 años más. Con suerte. La burguesía es la única clase que hizo revoluciones realmente victoriosas. La Revolución Francesa, con la que instaló su poder mundial. Y la revolución bélico-comunicacional, técnica y biogenética con la que aniquilará ese poder. Porque un poder, para ser mundial, necesita un mundo. Y de eso terminará por privarse y por privarnos el capitalismo voraz y desquiciado del siglo XXI. Que cualquiera piense lo que quiera de Hugo Chávez. Pero cuando dice: "Tenemos que frenar la depredación capitalista". Cuando dice que el capitalismo "no respeta a la Madre Tierra", tiene razón. También en eso puede "el loco Chávez" identificarse con Perón, algo que tanto le agrada. No bien Perón regresó a la Argentina (en junio del '73) empezó a hablar de la ecología. La Jotapé se burlaba. Era una evidente faceta gagá del Viejo. Pero no: en eso el Viejo tenía razón. Hoy, no hay actividad más anticapitalista que la ecología. Hay que impedirles seguir destruyendo el planeta. Con esa destrucción sostienen su poder. Su industria de armamentos, sus aventuras bélicas, sus transportes terrestres y aéreos, tanto civiles como militares. Y su infinito poder mediático tiene por misión hacernos creer que eso es necesario.

Bien, ¿quién mató a Rucci? (Sé que me están puteando porque no me concentro en este tema. No puedo todavía.) Veamos: los montos nunca le dedicaron tantas balas a nadie. La abundancia de balas es un gesto fascista. La Triple A le dispara más de 80 a Atilio López. Es un ademán de desmesura que explicita la barbarie. "Al que agarramos nosotros ya no lo reconoce nadie. Lo torturamos primero y después lo cocinamos a balazos." Como Vilas en el monte tucumano. Amontonaba los cadáveres. Los ataba con alambre de púa y los volaba con dinamita. No quedaba nada. Así es como se hace, carajo. Los fachos quieren y consiguen meter miedo. No tienen piedad y la vida humana –para ellos– no tiene valor alguno. La muerte tampoco. Ningún cadáver merece respeto ni se piensa en entregárselo a alguien: a sus deudos, por ejemplo. Algo elemental. Los que mató la guerrilla siempre pudieron ser recogidos, amparados por los seres que los amaron en vida y deseaban velarlos y llorarlos con sus cuerpos presentes. Siempre tuvieron esos cuerpos. Nunca se los desfiguró. Nunca se los hizo volar con dinamita.

LA TUMBA DE HEGEL Y LOS MUERTOS SIN SEPULTURA DE LA ARGENTINA

Tener o no tener el cuerpo del ser amado –del ser cuya desaparición nos impone la certeza de su muerte, pero la ausencia, la inmaterialidad de su cuerpo nos la impide, impidiéndonos el sosiego, el reposo del dolor– es fundamental. Es, sin más, el más hondo núcleo de la cuestión. Porque esta diferencia es tan inmensa que lo separa todo. Que nos permite decirles a los cruzados de la derecha: señores, tengan un poco de honestidad. No hay empate posible. De dónde nos quieren meter esa teoría de los dos demonios. Pregúntenle a una madre o a un padre –ya lo sea de un militar o de un combatiente de la lucha armada– si es lo mismo tener el cuerpo del ser querido que no tenerlo. Si es lo mismo llorarlo en presencia o no. Si es lo mismo poder abrazarlo y sollozar o rezar sobre su pecho, acariciar su cabeza y hasta besar postreramente sus labios, que no hacerlo. Si es lo mismo depositarlo en la tierra húmeda, en la tierra fértil, en la tierra del descanso imperecedero, donde siempre se podrá ir, donde se sabe que está, muerto pero está, porque está ahí, reposando, y ahí se podrá estar junto a él, decir una oración, ponerle unas flores, recitarle un poema, bendecir la tierra que lo cubre o el mármol que lo recuerda, si es eso lo mismo que no tener más que su ausencia, la incerteza de su destino final, la fantasía de seguir creyendo que regresará, la certeza devastadora, cada vez más irrefutable, de que lo arrojaron a un río, de que lo vejaron, de que nadie dijo por él una oración, que nadie lo lloró ni tendrá nunca dónde llorarlo. Desde la temporalidad del inicio de todas las culturas se enterró a los seres humanos para darles cobijo, también para salvar sus almas, para librar a los vivos del terror mítico, intolerable del posible retorno de los muertos, porque no deben volver, tienen que estar ahí donde ahora están, donde se les llevan flores, se les reza, se los recuerda, se les habla en silencio, se les pide perdón o no, se les siguen reprochando renuncios, faltas imperdonables, se los sigue odiando, porque hasta para eso necesitamos que estén en alguna parte, hasta para ir hasta ahí e insultarlos, reprocharles que no fueron buenos ni generosos y hasta quebraron nuestras vidas. Hasta para eso. Una tumba tiene una grandeza y un misterio inabarcables. Una tumba es siempre la tumba de alguien. De aquí que no tenerla nihilice la memoria del desposeído. Quien no descansa en ninguna parte, no descansa. Se lo ha privado de ese espacio final, eterno, del que no volverá pero es suyo. El está ahí. Sólo él. Hace poco menos de un mes, en Berlín, mi mujer me invitó a dar un paseo. Era temprano, estaba nublado, hacía frío. Habría preferido quedarme en el hotel. No me gusta caminar, menos aún sin saber a dónde. Llegamos a un pequeño cementerio. Se internó por unos senderos verdes, húmedos, terrosos. Tontamente, me fastidié: "¿Qué hacemos aquí? ¿A un cementerio me tenés que traer? Dale, vamos a un lugar tibio, a una taberna con mucha madera y cabezas de ciervos a tomar una cerveza". Llegamos a una tumba pequeña. Tenía flores. Una lápida y poco más. Era *ahí* donde mi mujer se había propuesto llevarme. Fue ahí donde me dijo:

–Es la tumba de...

Se le cortó la voz y me dio la espalda para que no viera sus intempestivas lágrimas. Así, sólo así, pudo completar la frase.

–Hegel.

Nunca pude siquiera imaginar la dimensión de Hegel dentro de la historia de la filosofía. Cada época se define por el modo en que piensa al gran maestro de Jena. Ahora, el hombre al que yo había leído desde la adolescencia, el gigante de la *Fenomenología del Espíritu*, estaba ahí. Todo él, toda su inasible grandeza, reposaba en un humilde pedazo de tierra, un pequeño, ínfimo punto del Universo. La lápida era pequeña. En ella apenas se leía: *Georg Wilhelm Friedrich Hegel*. La fecha de su nacimiento y la de su muerte. ¿Se puede saber la fecha en que un desaparecido murió? Ni eso. Sin embargo, es tan importante. Porque cierra el tránsito que recorrimos. De lo contrario, el final queda abierto. Como si el que desapareció hubiera llegado a este mundo y no se hubiera ido. Como si fuera inmortal. ¿O no lo es quien no tiene una fecha de muerte, un fin irrefutable, una fecha señale el cierre de su existencia? Sin embargo, sabemos, de modo lacerante, que está muerto, pero lo esperaremos siempre, se lo llorará eternamente, porque su eternidad, su inmortalidad, es la de su ausencia, la de su imposible retorno, la de su imposible descanso, y como la esperanza no muere hasta que la muerte la mata, se vive condenado a esperarlo siempre, porque al quitarnos su muerte, la fecha y el lugar de su muerte, el lugar en que habremos de darle sepultura, nos quitaron la posibilidad del sosiego, ya que sólo la certeza del fin puede saldar el dolor. Si no hay fin, si estamos condenados a la eternidad de la espera, entonces esa condena implica la eternidad del dolor.

GUERRILLA Y TERRORISMO: DIFERENCIAS

La guerrilla argentina no incurrió en el terrorismo. Salvo la bomba en la Superintendencia de Seguridad Federal del 2 de julio de 1976, que dejó un saldo de 18 muertos y 66 heridos. Pero incluso aquí se trató de un blanco elegido. De un blanco que activaba poderosamente en el conflicto. El terrorismo se ve, por ejemplo, en *La batalla de Argelia*. El FLN pone bombas en los bares a los que acuden los franceses. Se dirá: los franceses eran todos colonizadores, todos eran blancos del conflicto (y eran, además, blancos). Pero la *bomba* una vez puesta mata a cualquiera. A una criatura, a un francés partidario de la liberación de Argelia, en ese bar pudo haberse hallado tomando un café un tipo como Henri Alleg, por ejemplo. El terrorismo apunta al número de víctimas. Cuanto más mata, mayor es su triunfo. Es cuantitativo. La guerrilla es cualitativa: Aramburu, Sallustro, Hermes Quijada o Rucci fueron blancos cuidadosamente elegidos. El terrorismo hace lo de la AMIA. Eso es terrorismo puro. "No importa a quiénes matamos. Nos importa matar y hacernos temer. No nos detenemos ante nada. Todos están en peligro." Lo de las Torres Gemelas, terrorismo. En las acciones terroristas siempre mueren personas (y a veces muchas) que no tienen por qué morir. (Claro: nadie tiene por qué morir. Pero así es la guerra. Se trata de matar. Y el "no matarás" a los guerreros les causa gracia, ni los conmueve. Y esto parece venir ocurriendo desde el comienzo de los tiempos y ocurre hoy de un modo abominable: Irak. O en los campos de concentración que la Seguridad de Estados Unidos tiene diseminados por el planeta.) Pero *todas* las personas que mueren en un acto terrorista suman a su éxito. Lo dijimos: cuanto más mata, mayor es su triunfo. El terrorismo tiende a conmover, a golpear, a aterrorizar. Tiene bien puesto su nombre porque su objetivo es erosionar a la sociedad por medio de la inseguridad de la vida. Se puede morir en cualquier parte y no importa lo que uno sea. Con la guerrilla muchos piensan: "Yo no estoy en nada. No soy empresario de una multinacional, no soy sindicalista, no soy militar, no soy policía. Soy un tipo cualquiera que tiene un laburo cualquiera y una familia". Esto, en épocas bélicas, tranquiliza a la sociedad civil. Se vuelve *testigo* de lo que está ocurriendo. Mueren guerrilleros. Mueren empresarios extranjeros o nacionales jerárquicos. Mueren militares. Mueren más guerrilleros. Pero "el que no está ni estuvo en nada" anda por la vida, si no despreocupado, con cierta calma: no se siente en zona de riesgo. Esto se produjo hasta en la dictadura militar. Requería un acto de negación, porque el terror se sentía o los militares lo hacían sentir. Sin embargo, el que se sabía "inocente" dormía de noche. Estaba casi seguro de que nada habría de pasarle. El terrorismo, al ser generalizado, al atacar masivamente y en cualquier lugar, *aterroriza* a todos. Puede volar un supermercado. Un subterráneo. Un cine. Un restaurante. Mucha gente que no estaba en la AMIA murió el día del atentado. Frente al edificio tenía un amigo muy joven, 25 años, que pintaba y muy bien. Tenía la vida por delante y una carrera para la que estaba dotado. No era judío. El día anterior me había traído uno de sus cuadros. Se estaba afeitando cuando estalló la bomba. Vivía justo frente a la AMIA. Murió de una manera horrible, con heridas dolorosas, definitivas. No murió en seguida. Lo llevaron a un hospital. Lo fue a ver su joven esposa. Se habían separado hacía dos meses. Era una experiencia para ver si recomponían la cosa. Esa noche, en el velatorio, ella caminaba rabiosa de una punta a la otra de la sala en que estaba el féretro de su compañero. No cesaba de fumar. De pronto exclamó algo impecable:

–¡Qué ridículo!

Nunca olvido esa frase. "Qué ridículo." Morir así. Sin comerla ni beberla. Por una guerra ajena. Por un conflicto que tal vez ni conocía bien o, si lo conocía, lo veía lejano, no era parte de su vida, no lo involucraba. El sólo había cometido el error de –al separarse de su compañera– alquilar un departamento frente a la AMIA. Se estaba afeitando y haciendo sus planes para el día. Esa noche –al volver a mi casa– veo, de golpe, su cuadro. Era verlo a él. Ahí estaba Gastón –así se llamaba–, ahí estaba lo que él hacía, lo que sabía hacer, aquello a lo que seguramente habría de dedicarle su vida. No, eso –todavía– era posible mientras se afeitaba frente al espejo y acaso pensaba pedirme ese cuadro, preguntarme qué me había parecido y llevarlo a alguna parte, quizás a que lo viera un especialista, un maestro que lo ayudara a abrirse paso y, de paso, lo aconsejara. No tenía la menor idea, la más elemental sospecha de lo que estaba por pasar. La posibilidad de morir

era la más remota de todas. Tenía, repito, 25 años. No había leído a Heidegger. No le importaba saber que la muerte siempre me es inminente. O que en todas mis posibilidades está la posibilidad de morir. Era un plástico. No un filósofo. Pintaba y muy bien y eso lo llenaba de optimismo y de amor por la vida. Así es el terrorismo. *Eso es el terrorismo*. Mata a todos y a cualquiera. Si en la AMIA hubieran muerto 1500 personas, el éxito del atentado habría sido mayor. La guerrilla no mata así. La guerrilla elige. Rucci por traidor. Aramburu porque lo fusiló a Valle. Alonso y Vandor y Coria por sindicalistas corruptos, traidores a la clase obrera. Hermes Quijada por lo de Trelew. Todo policía por ser un símbolo del régimen represor. Mor Roig por ministro del Interior de Lanusse cuando sucedió lo de Trelew, allá, en la Base Almirante Zar. Todos por algo. De a uno. El terrorismo utiliza bombas de alto poder. El Frente de Liberación Nacional argelino no sabía si en los bares que volaba había o no argelinos. Si había, mala suerte. Pero la mayoría eran franceses. Si había niños, eran niños franceses. La cuestión era sembrar el terror. Destruir. Hay una generalización de la metodología de la muerte en el terrorismo que la guerrilla no utiliza. El objetivo del terrorismo es más difuso: el colonizador francés, en Argelia. "Occidente" para el fundamentalismo islámico. La guerrilla es más precisa porque tiene una ideología más clara. No quiere destruir todo ni matar a todos. Tiene una ideología de superación del orden imperante. El Islam, por ejemplo, carece de ella. Ignora cómo reemplazar (*superar* en sentido hegeliano) el orden occidental. Pero quiere destruirlo.

El asesinato de Rucci no fue un acto terrorista. Fue una acción guerrillera. Querían matarlo a él y a nadie más. La derecha llama "terrorismo" a las acciones de la guerrilla para desprestigiarla, para cubrirla más aún de sangre y equipararla al Ejército desaparecedor. Siempre la teoría del empate. La guerrilla no escamoteó los cuerpos. Y no torturó. La tortura nunca formó parte de su metodología. Esto lo dicen los organismos internacionales de derechos humanos. O sea, gente por completo confiable. Episodios como el de la hija del capitán Viola son terriblemente lamentables. Pero –hasta donde se sabe– los que hicieron ese desatino humanitario fueron juzgados por la propia organización. Lo de Larrabure fue una tortura. Ese largo cautiverio lo fue. Pero fue una. Lamentable, condenable. Pero una. El ERP entraba a los cuarteles a sangre y fuego, pero esto era un error repudiado por todos. Citamos la frase de Nicolás Casullo: "Nosotros no somos como los loquitos del ERP".

LOS POSIBLES ASESINOS

¿Por qué Rucci anunciaba tanto su muerte? En los actos, nadie duda de esto, se lo cubría de amenazas, tribunas enteras voceaban la célebre consigna que postulaba que le habría de pasar lo mismo que a Vandor. De todos modos, ¿no sobreactuaba Rucci su situación de peligro? Dormía cada noche en un lugar distinto. Se había hecho construir un bunker en la CGT. Se rodeaba de temibles guardaespaldas. De coches que lo seguían o lo cercaban, protegiéndolo. Epa, ¿no era demasiado? Se dirá: no, porque lo llenaron de plomo tal como él lo vaticinaba. Cierto. Pero, ¿por qué lo vaticinaba tanto? ¿Tan seguro estaba de que habrían de atentar contra su vida? Lo decía todo el tiempo. Lo decía –también– de un modo provocador, patotero, macartista y abiertamente desagradable. "Si me pasa algo, que quede bien en claro al movimiento obrero argentino que son los inmundos bolches y los trotskistas los que indudablemente pueden atentar contra mi vida." La frase aparece en *La Nación* del 27 de septiembre de ese espectacular y trágico año 1973. A este septiembre se lo llama "Septiembre negro". Pero Rucci la decía a cada rato. Era un obseso del macartismo. En diciembre de 2009 –como si los años no hubieran pasado, y no pasaron porque si Rucci tiene tanta vigencia todavía es porque se lo quiere utilizar para objetivos muy actuales durante los días finales del 2009– aparece un ministro de Educación que pone Mauricio Macri (un campeón para designar tipos impresentables, o tal vez muy presentables para él, pues está de acuerdo con lo que piensan) de nombre Abel Posse. Ahora gordo y sólido, ojos claros y bastante petisón. Posse también se lanza de lleno a la diatriba facho-macarta. Dice que el gobierno de Cristina Fernández está lleno de bolches y trotskistas. Pero –cavernícola al fin– comete un error que si no le cuesta el raje sólo podría deberse a un milagro. ¡Se mete con el rock nacional! No, Posse: por ahí no. Si los pibes quieren usar arito, que lo usen. Si les gusta el rock, que les guste. Si los decibeles nunca les resultan suficientes, a joderse, amigo. Ellos son jóvenes y cualquier cosa que se les diga le endilga a uno el rótulo despiadado de cavernícola, dinosaurio, viejo irrecuperable. Además, ¿por qué no escucha un poco de rock? Vea, yo hice la prueba. Hay algo ahí, eh. Fito Páez no toca el piano como Martha Argerich. Charly García no es Ravel. Spinetta no es Gershwin. *Pero no lo pretenden*. Lo que hacen es distinto. La música que componen se escucha con el cuerpo. Tiene algo o bastante de experiencia dionisíaca. Esa "pérdida del principio de individuación" que pedía Nietzsche. Pero usted ya metió la pata hasta el fondo del pozo. Lo van a putear en todos los recitales. Ahora, que Macri (pobre ángel) no sabía a quién nombraba... Por favor, no jodan. No somos idiotas. En septiembre, Abel Posse, este paladín de la democracia y el disenso, había participado de una misa por el eterno descanso del alma de José Ignacio Rucci. Fueron Menem, los hermanos Saá, Cecilia Pando y su esposo (¿recuerdan ese gesto de Pando a Eduardo Luis Duhalde, cuando la dama se pasó un dedo por la garganta a modo de cuchillo, indicándole sin mayores sutilezas al secretario de Derechos humanos que tenía la poco democrática intención de degollarlo, como los gauchos del siglo XIX a las reses?), Pedro Rafael Mercado, militar en estado de retiro y secretario de redacción de la revista *B1,* Juan Carlos Blumberg y el escritor Jorge Asís. También otras figuras algo más desdibujadas por el momento: Norberto Imbelloni, Moisés Ikonikoff (*¿Usted no sabe quién soy yo?*, frase célebre que le largó a una azafata), Irma Roy, Osvaldo Papaleo, Carlos Mussa, Raúl Padró, Horacio Frega, el antediluviano y sinuoso Jorge Raventos, ex Jotapé y acaso ex Montoneros, Pascual Albanese y Juan Archibaldo Lanús. (Tomo estos datos del libro inprescindible de Germán Ferrari: *Símbolos y fantasmas.*) ¿Macri no sabía las amistades que frecuentaba Posse? ¿Quién creía que era? ¿El eminente y democrático historiador Natalio Botana? ¿Santiago Kovadloff, que al lado de Posse es una mezcla de lo mejor de Arturo Humberto Illia y el Raúl Alfonsín de sus dos primeros años? No, Macri tenía que saber muy bien a quién metía en la cartera de educación. ¿Y Michetti, por que no se lo dijo usted? ¿Tan alejada está de este gobierno? En fin, allá ellos. Pero hacen política a lo Catrasca. ¿Saben cómo hace política Catrasca? Cagada tras cagada. Con perdón del léxico un poco pagano, pero apropiado. Muy apropiado, señores.

Bien, supongo que ya están podridos de esperar que diga quién mató a Rucci. ¿Ustedes creen que alguien lo sabe? No se sabe ni se sabrá nunca. La familia de Rucci, en 1999, acepta que fue la Triple A y recibe una indemnización de 224 mil dólares –en bonos del Estado–, mediante el decreto 251/99 del 1 de noviembre de 1999, pocas semanas antes de que finalizara el gobierno de Menem. La medida se había dispuesto tras considerar la declaración del ex militar Salvador Horacio Paino, uno de los fundadores de la Triple A y colaborador de López Rega en el Ministerio de Bienestar Social, que en 1983 adjudicó el crimen de Rucci a esa organización paramilitar. Al año siguiente publicó el libro *Historia de la Triple A,* en el que dio su versión de los hechos... (Germán Ferrari, ob. cit., p. 288). El libro de Paino es imperdible: "Era un 25 de septiembre de 1973 –si mal no recuerdo, porque once años pueden volver imprecisas las fechas–. Un día frío y ventoso de una primavera atrasada que más hacía pensar en pingüinos que en alegres golondrinas... (Horacio Paino, *Historia de la Triple A*, Editorial Platense SA, Montevideo-Uruguay, p. 75. La edición es un mamarracho, como la escritura de Paino. Pero es, sin duda, un documento. A un *Preámbulo* de los editores sigue una *Aclaración* de Paino que abre con una frase sutil, sugerente: *Yo organicé la Triple A.*) Pero volvamos a la frase que citamos: "Una primavera atrasada que más hacía pensar en pingüinos que en alegres golondrinas". ¡Claro que sí! Todo esto está organizado contra los pingüinos. Se trata demostrar que a Rucci lo mataron los Montoneros, como lo pretende demostrar el libro de Ceferino Reato con frase en tapa de Joaquín Morales Solá. Si se demuestra eso y se consigue que los delitos de lesa humanidad sean también aplicados a los civiles, la derecha se arrojará sobre el Gobierno para llevar a juicio a todos los montoneros que –dicen– habitan entre sus pliegues y lograr la ansiada ley del empate. Por eso "el caso Rucci" es tan importante.

¿Quién lo mató? Bueno, la cosa está entre:

Primero) Los Montoneros o una fracción de ellos que se la jugó por las suyas al margen de la conducción de Firmenich.

Segundo) Orden directa de Firmenich.

Tercero) La Triple A. López Rega estaba enloquecido por el aprecio que Perón demostraba por Rucci. Lo hace boleta.

Cuarto) El ERP porque Rucci es el principal adversario de Tosco en el movimiento obrero y habrá de llevarlo inexorablemente al reformismo de la burguesía y al pacto entreguista.

Quinto) El Ejército, para desestabilizar el Pacto Social.

Sexto) Perón. ¿O no hay un chiste sobre el tema? ¿Por qué surgió? Ningún chiste surge sin algún asidero en la realidad. Un edecán le dice a Perón: "General, mataron a Rucci". Perón mira su reloj y dice: "¿Cómo? No, hombre, no puede ser. Si aún no es mediodía". Y hasta hay otro. Se les atribuye a los pibes de la UES y se canta con el célebre y viejo jingle de *Odol pregunta*: *Qué lindos que son tus dientes/ le dijo Rucci a Perón/ Y Perón contestó sonriente: / ¡Ja, ja! Morirás como Vandor*.

Séptimo) La CIA. Lo de Allende estaba cercano. La CIA no confiaba en el gobierno de Perón. Nunca lo quiso a ese militar pro-nazi. Siempre era un peligro. Siempre implicaba el peligro de un desborde de masas sólo por responder al mito de su nombre. López Rega estaba en contacto desde hacía tiempo con la CIA. El es el mediador. Pero no el ejecutor. No la Triple A, que es torpe y lumpen. En un formidable documental de Alex Gibney y Eugene Jarecki, Chistopher Hitchens conduce una investigación sobre Kissinger, "el más grande criminal de guerra vivo", con un Premio Nobel de la Paz en sus sanguinarias manos. Kissinger y Nixon, no bien sube Allende, empieza la tarea de tirarlo abajo. Ante todo, matar a su general más fiel: el general René Schneider. *Schneider must go*. Nixon ni lo nombraba a Allende. Se refería a él diciéndole: "Ese hijo de puta". El 15 de octubre de 1970, Kissinger ordena la muerte de Schneider. El día 20, René Schneider sale solo con su chofer. Es rodeado por muchos coches. De un jeep salen un montón de tipos. Asesinos eficientes, grandes profesionales. Rompen la ventanilla y disparan tiros a granel, a mansalva. Lo acribillan a Schneider. Otra que *galletita Traviata*. Quedó hecho un colador de espaguetis. Kissinger dirá: "Yo no estuve envuelto en nada". El mismo día del asesinato de Schneider, Nixon le dice: "Tenemos que seguir con el golpe en Chile. ¿Otro Castro en América latina? *Come on!*" O sea: ni por joda. ¿Es demasiado fantasioso suponer que arreglaron con López Rega o con algún loco del Ejército o de la Marina (un Mayorga, por ejemplo) arruinarle el Pacto Social a Perón? Tenían tanto interés en desestabilizarlo como a Allende. ¿Por qué Perón se asusta tanto después de lo de Chile? ¿Por qué son tan mezquinas sus declaraciones? ¿Por qué no se juega en nada? ¿Por qué trata como a delincuentes peligrosos a los pobres chilenos que se exilian en el país del "socialismo nacional"? Además, ¿qué tal les caería a los yankis el "comunista Gelbard" y sus negocios con la Cuba de Castro?

Se cree que fueron los montos porque los montos lo dijeron. Y ahora, porque si demuestran que sí, que fueron ellos y consiguen aplicar la ley de lesa humanidad para los delitos civiles... se arrojarán sobre el gobierno de Cristina Fernández a desenmascar a sus "montoneros" y a juzgarlos. ¡Qué fiesta para Morales Solá y toda la pandilla! Para eso les sirve Reato. ¿Los pingüinos peligran?

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

El fantasma de Rucci contra Cristina Fernández